

liano, por temperamento, eran los pueblos más atentos á evitar los peligros, los más absorbidos en su interés propio, y estos dos pueblos eran los que habría que asociar á Francia en las coyunturas más graves que jamás hubiesen existido. ¿Quién sería el enemigo? Bismarck. Pero Italia, la antigua obligada de Francia, había sido recientemente la aliada de Prusia.

Los inextricables obstáculos estaban en la necesidad que se tenía en París de una alianza. A fuerza de buscar indicios favorables, se descubrieron algunos. El gabinete de Viena, desentendiéndose cada vez más de las cuestiones de la Península, se había acercado poco á poco á Italia: en Florencia se alegraban de que el señor de Beust, como sajón, fuese muy ajeno á los antiguos rencores austriacos y, como protestante, poco afecto al papa. Además diversas circunstancias habían alejado el gobierno italiano de la corte de Berlín. Las publicaciones relativas á la guerra de 1866 habían establecido hasta la evidencia en los hombres de Estado y en los generales prusianos el designio de tratar á Italia menos como aliada que como subordinada. Tal era sobre todo el sentido de un despacho escrito en vísperas de las operaciones militares por el Sr. de Usedom, ministro de Prusia en Florencia: de aquí, para el patriotismo nacional, una herida de amor propio cruelmente sufrida. Entre la corte de las Tullerías y la corte de Florencia subsistía sin duda la cuestión romana. Sin embargo, Francia, interrogada sobre la época de la evacuación, más bien eludía la respuesta que formulaba una negativa. El desenlace esperado, no me atrevo á decir deseado por los italianos, sería quizá la muerte de Pío IX. Según todas las apariencias, Napoleón se consideraría menos comprometido con su sucesor. Y quizá este sucesor sería menos rebelde á toda transacción.

Entabláronse negociaciones, pero oficiosamente y con gran misterio. Iniciados en 1868, fueron menos inconsistentes en 1869 y circunscritas entre algunos hombres como los señores de Beust, de Metternich y de Vitzthum por Austria, el Sr. Vimercati por Italia y el señor Rouher por Francia (1). Nuestro embajador, Sr. de Gramont, no fué puesto en el secreto y no se enteró hasta mucho más tarde, cuando salió de Viena para encargarse del ministerio de Negocios extranjeros. ¿Qué pasó entre los iniciados? La insuficiencia de documentos positivos no permite seguir los detalles de las negociaciones; pero, reuniendo las confidencias dispersas, se puede reconstituir su conjunto. Mientras no se salió de las generalidades, no se alteró la armonía. Cuando se trató de pasar de la *inteligencia hablada* á la *inteligencia escrita*, se revelaron los dispendios. El Austria, cuidadosa, sobre todo, de disminuir los peligros, se ofrecía y se negaba á la vez. Quería una alianza que no la comprometiese mucho, una alianza defensiva, es decir, para el mantenimiento de la paz. Aspiraba á conservar la facultad de permanecer neutral, aun en el caso de una guerra franco-prusiana, y no consentía en ligarse sino para el caso en que Rusia interviniese en favor de Prusia (2). El Sr. de Beust propuso que las tres potencias se comprometiesen á seguir en todas las cuestiones

(1) Véase *Mémoires de M. de Beust*, tomo II, pág. 323.

(2) Despacho del Sr. de Beust al Sr. de Metternich, 11 de julio de 1870, y carta del Sr. de Beust al Sr. de Gramont, 4 de enero de 1873.

diplomáticas una política común. Esto era sostener á Francia y encadenarla al mismo tiempo. Este último proyecto no fué aceptado en París (3); y ello fué sin duda lo que más tarde permitió al primer ministro austriaco decir al representante del emperador Napoleón: «No fué culpa mía si no hubo tratado; yo tenía empeño en que se concluyese y vosotros no quisisteis (4).» En septiembre de 1869 la negociación fué cerrada, provisionalmente al menos, mediante cartas cambiadas entre los soberanos. Si hemos de dar crédito al Sr. de Beust, dichas cartas contenían un solo compromiso, el de no entenderse, sin conocimiento de los demás, con una tercera potencia. Esta estipulación respondía á una de las principales solicitudes de Austria. En Viena reinaba, en efecto, un temor permanente: el de que Francia se orientase, con un cambio brusco, hacia Berlín.

En Florencia, el resultado no fué menos engañoso. Fiel al recuerdo de los antiguos servicios, Víctor Manuel se inclinaba á la unión. Era preciso conocer muy mal al gobierno italiano para creer que arriesgaba tamaña empresa sin una ventaja tangible. La condición del acuerdo sería la retirada del cuerpo de ocupación, la vuelta al convenio del 15 de septiembre y el reconocimiento del principio de no intervención. Aun así, ¿se hubiera anudado sólidamente la alianza? Es dudoso. Asegúrase que el Sr. de Beust apoyó con todas sus fuerzas al gabinete de Florencia. Napoleón negóse al abandono del soberano pontífice; consideraba ligado su honor, al menos respecto á Pío IX. Las negociaciones con Víctor Manuel y con Francisco José fueron al mismo tiempo aplazadas *sine die*. Entre Florencia y París, como entre París y Viena, mediaron cartas, en las cuales se manifestaba la esperanza cortés de reanudar más adelante los cambios de impresiones si las circunstancias se modificaban (5).

En el orden diplomático no siempre lo inútil es inofensivo. Las negociaciones permanecieron secretas, pero lo que de ellas se traslució fué suficiente para crear una opinión engañosa que estimularía la presunción. El público nada supo de positivo; pero sorprendió palabras, fragmentos de frases, dió una significación á las idas y venidas de los agentes oficiosos y creyó que se urdía con paciencia alguna trama inteligente. El aspecto exterior de las cosas no dejaba de dar cierta verosimilitud á estas ideas. Al ver entrar á Metternich á todas horas en las Tullerías como un verdadero favorito; al oír á Nigra, familiar de palacio, prodigar las lisonjas; al notar en el rostro del duque de Gramont, embajador de Francia en Viena, una satisfacción soberbia, nadie podía persuadirse de que toda aquella intimidad no fuese más que superficial, de que todas aquellas amabilidades no fuesen más que estratagemas, de que tanta alegría no fuese más que infatuación. Los cortesanos cuchichearon que la alianza estaba casi hecha y los corredores de noticias la dieron por concluída, aunque secreta. La ilusión acabó por

(3) Véase *Mémoires de M. de Beust*, tomo II, pág. 330.

(4) Entrevista del Sr. de Beust con el marqués de Cazaux, 9 de julio de 1870 (*Correspondance de M. le marquis de Cazaux*, página 145).

(5) Véase *Les Alliances de l'Empire*, por el príncipe Napoleón (*Revue des Deux Mondes*, 1.º de abril de 1878, págs. 493-494). Véase también *La Vita ed il regno di Vittorio-Emmanuele II*, por Massari, págs. 502-503.

ganar á los mismos que, teniendo en la mano los hilos, debieran haber sabido cuán frágiles eran éstos. «El emperador de los franceses, ha escrito después el príncipe Napoleón, creyó tener con las cartas del emperador de Austria y del rey de Italia la seguridad de que dichas cartas podrían, en un momento dado, servir de base para la redacción de un tratado que no habría más que firmar (1).» De este modo se afirmó una confianza funesta. Entre París, Florencia y Viena se habían cambiado muchas palabras, pero ninguna de ellas tenía fuerza obligatoria. Aquellas palabras, voluntariamente equívocas, eran de las que, en caso de victorias, se llamarían compromisos, y en caso de fortuna adversa ó dudosa, se borrarían para siempre.

V

Todo lo que era para Francia motivo de ansiedad se convertía para Prusia en motivo de confianza. ¿Buscaba ésta la guerra desde aquella época? Sería temerario el afirmarlo. He aquí, sin embargo, lo que destruía todas las seguridades pacíficas: en Berlín se quería la paz, pero con la condición tácita de organizar libremente todos los países germánicos. Uno de nuestros agentes diplomáticos escribía en 1867: «Parece que quieren hacer de Alemania una especie de arca santa puesta fuera de toda intervención internacional, y aplicar al centro de Europa la doctrina de Monroe (2).» De ahí derivaba una situación singular: sin dejar de negar toda intención de lucha, se seguía el camino en que el choque era inevitable.

En el público alemán se observaba una curiosa mezcla de arrebatos altivos y de señales tranquilizadoras. Un día, en Stettin, nuestro agregado militar fué insultado y, por patriotismo, guardóse muy bien de hacer público el insulto, temeroso de suscitar un altercado lleno de peligro (3). Las publicaciones y las conversaciones íntimas revelaban á intervalos la más provocadora jactancia. En Berlín se exhibían mapas en que Alsacia se hallaba englobada en el territorio germánico. «Esta no era, decían en Berlín, más que una pequeña Alemania cosida dos siglos atrás á Francia.» Hasta entre los funcionarios, generales y diplomáticos notábase una especie de temeraria presunción que anunciaba la lucha próxima y el aniquilamiento de la grandeza francesa. A veces el pronóstico se insinuaba medio en broma, medio en serio. A fines de 1868 el Sr. de Schleinitz, ministro de la casa real, decía á madama de Pourtalès: «Tened la seguridad, señora condesa, de que antes de diez y ocho meses vuestra Alsacia habrá vuelto á formar parte de la patria alemana, y cuando vayamos á presentaros nuestros respetos en la Robertsau, tendremos la satisfacción de estar en nuestra casa (4).»

El gobierno no dejaba de reprender á los que predicaban demasiado abiertamente la guerra. En el Reichstag y en la Cámara prusiana se formulaban frecuentes quejas contra las cargas militares, y al oír ciertas lamen-

(1) *Las Alianzas del Imperio* (*Revue des Deux Mondes*, 1.º de abril de 1878, pág. 494).

(2) Véase Rothán, *L'Affaire du Luxembourg*, pág. 484.

(3) Coronel Stoffel, *Rapports militaires*, pág. 338.

(4) General Ducrot, *Vie militaire et correspondance*, tomo II, página 272.

taciones, hubiera podido hacerse la ilusión de que se hallaba uno en el Cuerpo legislativo francés (5). Desde las riberas del Báltico hasta las orillas del Mein, burgueses y campesinos se acordaban de los muertos de Sadowa y temblaban á la idea de nuevas batallas. En verano, cuando nuestros compatriotas iban á las estaciones termales de las márgenes del Rin, sentíanse envueltos en una atmósfera de cortés simpatía, y les parecía que la jactancia prusiana se fundía en la bondad alemana; se fraternizaba cerca de las *Fuentes*: en aquel cuadro de la Germania pensativa y pastoral, todas las imágenes de la guerra se debilitaban, y como de una y otra parte se repudiaba toda idea de agresión, á la gente no le costaba trabajo persuadirse de que la crisis no estallaría jamás.

El rey era el verdadero dueño de la paz ó de la guerra. Pero ¿quién se hubiera atrevido á deducir de su lenguaje un pronóstico seguro? En sus discursos de aparato, no escatimaba las buenas palabras. Se expresaba en términos cordiales, hasta afectuosos, respecto al emperador y la emperatriz. Tenía con Benedetti las atenciones más delicadas. Anciano benévolo y amable, dejaba ver al público un rostro sereno que ningún cuidado parecía turbar. Hubiera habido optimismo en fiarse de estas apariencias. Uno de los diplomáticos que mejor conocieron al rey Guillermo decía de él: «Nadie puede formarse idea de la atmósfera política por el aspecto exterior del rey; porque sabe conservar toda su amabilidad hasta en los momentos más difíciles (6).» Bajo el monarca, siempre correcto y cortés, se ocultaba el patriota prusiano. Ambos personajes se completaban admirablemente. A los discursos conciliadores sucedían las arengas místicas, inflamadas, llenas de recuerdos belicosos. Todos los servicios eran objeto de una atenta solicitud, pero particularmente los de los veteranos que habían figurado en la toma de armas de 1813. Levantados los ojos hacia Dios y puesta la mano en el puño de la espada, el rey amenazaba vagamente á un enemigo que no nombraba, pero que no hallándose en San Petersburgo, ni en Londres, ni siquiera en Viena, no podía hallarse sino en París.

En torno del monarca hubieran podido observarse las mismas corrientes contrarias. El que encarnaba en toda su rudeza el militarismo prusiano era el príncipe Federico Carlos. Sin embargo, la paz tenía sus defensores: en primer lugar la reina, cuya influencia no correspondía á su inteligencia ni á su corazón, y en segundo lugar el príncipe real, que personificaba en la corte la opinión liberal y el espíritu progresista. Se había dejado imbuir en las ideas y costumbres inglesas, y sus compatriotas más exclusivos no dístaban mucho de reprocharle estas tendencias como si se tratase de una deserción. Cumplía con sus deberes de soldado, correctamente cual conviene á un príncipe prusiano, pero sin vocación y sobre todo sin pasión. Aludiendo un día á la actividad militar del rey, dijo al coronel Stoffel: «Admiro á mi padre, pero no sé si tendré su valor.» Los combates de 1866, á pesar de haber él desempeñado en los mismos un papel considerable, habían grabado en su alma una

(5) Véase Sybel, *Die Begründung des Deutschen Reiches durch Wilhelm I*, tomo VII, *passim*.

(6) Lord Loftus, *Diplomatic reminiscences*, 2.ª serie, tomo I, página 49.

impresión indeleble, y de vez en cuando dejaba escapar todo lo que su corazón contenía. En 1868, encontrándose en Italia, decía al ministro Lanza: «Cuando uno ha visto, como he tenido que verlo yo, millares de hombres muertos ó heridos en el campo de batalla, no puede menos de tener horror á la guerra.» Y añadía con creciente emoción: «Espero que Dios me librá de contemplar otra vez ese horrible espectáculo (1).»

Durante los años que precedieron á la gran lucha, hubo en Berlín largos períodos de calma. Bismarck se retiraba á Varzin; Moltke descansaba en su finca de Silesia; el general Roon se ocupaba mucho en arreglar una hacienda que acababa de comprar en Guttergotz. No parecían ambiciosos en busca de nuevas empresas, sino hombres de Estado afanosos de entrojarse en paz su cosecha de gloria. Hubiera sido muy imprudente el fiarse de tales apariencias. Los que parecían entregados al descanso no dejaban de vigilar. «Siempre consideraré que á una guerra con Austria seguiría fatalmente una guerra con Francia.» En esta frase, que Bismarck consignó en sus *Memorias*, residía el verdadero pensamiento del ministro prusiano. En medio de todas las calmas pasajeras, su preocupación permanente consistía en estar preparado. Y para estar preparado importaba desde luego encadenar por el interés, la amistad ó el temor, las potencias de Europa; era necesario, en segundo lugar, unir vigorosamente á Prusia la Alemania del Sur; por último, era también de urgente necesidad llevar al más alto grado de perfección los elementos militares. En esto se ocupaba sin descanso el gobierno del rey Guillermo.

De todas las potencias, la que más urgía conquistar indispensablemente era Rusia. Con su ayuda efectiva ó su neutralidad benévola, no habría ambición que pareciese temeraria; mientras que si se mostraba indecisa ó mal humorada, esta sola tibieza lo detendría todo. Con mucha anticipación, Bismarck había procurado unir ambas cortes. La cuestión polaca había surgido con oportunidad para cimentar la unión. Después de Sadowa, la amistad pareció entibiarse. Gortchakof encontraba á Bismarck demasiado grande, y el zar juzgaba á Prusia demasiado ambiciosa. El representante de Rusia en Berlín, Sr. de Oubril, estrechó sus relaciones y menudeó sus entrevistas con el Sr. Benedetti. Había que borrar sin pérdida de tiempo este esbozo de inteligencia. El general Manteuffel partió inmediatamente para San Petersburgo, y de seguro consiguió su propósito, pues, de la noche á la mañana, el Sr. de Oubril se ingenió en huir del embajador de Francia tanto como había buscado las ocasiones de encontrarse con él. En sus comunicaciones con Rusia, Bismarck afectaba un tono de calurosa y exaltada simpatía. Durante el otoño de 1866, escribía de Varzin á Gortchakof: «Desde el principio de mi carrera no he dudado nunca de la amistad secular que une á nuestros dos países. Estos sentimientos han aumentado desde que os conozco, y celebro todo lo que os sucede en bien (2).» Durante los años siguientes, los lazos se estrecharon. Todo contribuía á consolidarlos. Rusia era una monarquía militar y Prusia también. Rusia temía las aspira-

(1) *La vita e i tempi di Giovanni Lanza*, tomo I, pág. 401.
(2) *Bismarck-Jahrbuch*, tomo III, pág. 223.

ciones populares y Prusia no las temía menos. Rusia, reservada sobre todo lo demás, sólo llevaba sus ambiciones hacia el Oriente, y el Oriente era el único punto del mundo en que Prusia no tenía ningún fruto que recoger. A estas afinidades se añadían los lazos de familia, pues Alejandro era sobrino de Guillermo. Atento al progreso de esta intimidad, Benedetti hasta temía algún tratado de alianza. No, la alianza, en el sentido material de la palabra, no existía, y el lenguaje de Gortchakof era muy claro acerca de esto. Pero la comunidad de intereses y el paciente trabajo de los hombres de Estado de tal modo había apartado todos los obstáculos, que el convenio se haría por sí solo el día en que lo exigiese la política. A últimos de 1869, llegó de París un nuevo embajador á San Petersburgo. Era el general Fleury, que pasaba por hombre listo. No era diplomático de carrera, pero gozaba, cerca de Napoleón, de la privanza de un favorito, y el envío de esta especie de legado á *latere* no podía menos de halagar á Alejandro. Cumplido caballero, Fleury sabía insinuarse sin duda en la sociedad rusa y combatir en ella las influencias alemanas. Su alta graduación acabaría de asegurar su crédito en una corte que se abre sobre todo á los militares. En Berlín el nombramiento causó desde luego viva impresión. «A mi tío le preocupa mucho vuestra misión cerca de mí,» dijo el mismo zar al embajador francés (3). Poco á poco renació la tranquilidad. «Fleury ha sido siempre y es todavía un fanfarrón,» escribía el general de Roon á Bismarck (4). Entre la corte de Prusia y la de Rusia, el cambio de manifestaciones amistosas no cesó. En diciembre de 1869, el general de Nostitz trajo de San Petersburgo al rey Guillermo las insignias de la gran cruz de San Jorge. Con tal motivo hubo fiestas, banquetes y discursos; y, con una irritante persistencia, se recordó la coalición, el año de 1814, la antigua confraternidad de armas. Luego el rey correspondió al obsequio haciendo entregar al zar la orden del *Mérito*. ¿Qué podía hacer Fleury para aflojar estos lazos tan antiguos y tan sólidos? Sus instrucciones le recomendaban «que insistiese sobre los progresos de la idea germánica que, de continuar creciendo, englobaría en su esfera de acción á todos los países de lengua alemana, es decir, la Livonia y la Curlandia lo mismo que la Alsacia.» Pero en vano explanaba estas ideas. Se le guardaban toda clase de consideraciones; el zar le invitaba á acompañarlo á paseo, á seguirlo en sus revistas, á tomar parte en sus cacerías; pero la confianza parecía visiblemente puesta en otra parte. En París, Napoleón no se hacía ilusiones: «No olvidéis, escribía á su enviado, no olvidéis que todo lo que decís al emperador ó al príncipe Gortchakof es repetido en Berlín (5).» Un solo argumento hubiera seducido á la corte de San Petersburgo, el ofrecimiento de revisar, respecto á la neutralización del mar Negro, el tratado de 1856. Pero las instrucciones del nuevo embajador, lejos de darle esta latitud, le recomendaban que guardase silencio sobre la cuestión de Oriente.

Respecto al Austria, el gran trabajo sería, no con-

(3) *La France et la Russie en 1870, d'après les papiers du général Fleury*, pág. 16.

(4) *Bismarck-Jahrbuch*, tomo IV, pág. 92.

(5) Carta de 5 de enero de 1870 (*La France et la Russie, d'après les Papiers du général Fleury*, pág. 41).

quistar sus favores, que á eso no llegaba la esperanza, sino retenerla en la neutralidad. El jefe del gabinete de Viena era un enemigo. La táctica prusiana, muy hábil, consistió en separar al ministro del soberano. La misma prensa que atacaba al Sr. de Beust, no sólo respetaba á la familia imperial, sino que no desperdiciaba ocasión de rendirle homenaje. El rey no se cansaba de repetir que, en los momentos más crueles, había guardado para Francisco José los sentimientos personales más afectuosos; no deseaba más que la unión, para el afianzamiento de la paz y para la prosperidad de Alemania. Así se expresaba en sus conversaciones con el Sr. de Wimpffen, ministro de Austria en Berlín. Hasta respecto al Sr. de Beust los periódicos de Bismarck, á partir de 1869, se suavizaron. Las entrevistas reales facilitaron la inteligencia. Durante el otoño de 1869, habiendo el príncipe real manifestado el deseo de ir á Oriente para la inauguración del canal de Suez, el rey resistió de pronto, por temor al gasto, según se dijo. Se hizo observar al monarca que el viaje proporcionaría la ocasión natural de un alto en Viena, y en seguida Guillermo aprobó el proyecto (1). El príncipe pasó dos días en la corte de Francisco José, donde fué objeto de una cortes acogida. Algunos meses después, el archiduque Carlos Luis, hermano del emperador, fué á su vez á Berlín, donde fué recibido con iguales halagos.

Bismarck levantó solamente acta de la reconciliación y el mismo Sr. de Beust, aunque despechado, no tuvo más remedio que poner su lenguaje al unísono del de su rival (2). Los recuerdos de la reciente guerra eran demasiado vivos para que estas manifestaciones llegasen hasta la intimidación. Pero estas apariencias engañaron á Europa y desorientaron sobre todo los manejos de Francia.

Respecto á Italia la única preocupación que dominaba en Berlín era la de ahondar los disonamientos entre París y Florencia. Esta política crearía una inteligencia tácita entre el gobierno prusiano y el partido de acción italiano. Bismarck no era hombre á quien detuvieran los escrúpulos. Instintivamente los revolucionarios mismos habían comprendido dónde estaba el verdadero aliado. En agosto de 1867, uno de los lugartenientes de Garibaldi, el caballero Frigyesy, había ido á Berlín y se había insinuado cerca del primer ministro. Según él, era inminente un acuerdo entre el gabinete de las Tullerías y el de Florencia; pero si el gobierno prusiano apoyase á Garibaldi, éste sabría impedirlo todo. Algo sorprendido por la comunicación, y sobre todo, temeroso de un lazo, Bismarck había encargado á uno de sus agentes, al agregado militar Teodoro de Bernhardt, que comprobase la sinceridad del mensaje. De noche y en medio del mayor misterio, Bernhardt había tenido una entrevista con Garibaldi en casa del diputado Greco, y sin adelantarse hasta comprometerse, le había dicho que podía contar con las simpatías de Prusia (3). Dos meses después se había librado la batalla

(1) Véase lord Loftus, *Diplomatic reminiscences*, tomo I, segunda serie, pág. 254.

(2) Despacho de Bismarck al general Schweinitz, 31 de enero de 1870; despacho del Sr. de Beust al Sr. de Wimpffen, 4 de febrero de 1870.

(3) *Aus den Tagebüchern Theodor Bernhardt's*. (*Deutsche Rundschau*, 1.º de diciembre de 1900, págs. 440 y siguientes).

de Mentana. Uno de los que resultaron gananciosos del combate fué Bismarck. La sangre allí vertida mantuvo una desconfianza permanente entre Francia é Italia. Al cabo de algún tiempo, habiendo propuesto Napoleón una conferencia para solucionar las cuestiones romanas, el gabinete de Berlín se abstuvo de toda adhesión. Francia había tomado la inextricable cuestión por su cuenta, y convenía dejarla sola con sus dificultades. «Prusia necesita una Italia revuelta, en desacuerdo constante con Francia,» escribía en 5 de enero de 1868 el Sr. Benedetti (4). Y no dejó de aprovecharse nada para alimentar el desacuerdo. «Con frecuencia los grandes golpes se dan por medio de gente de baja estofa,» decía Federico II. Fiel á esta máxima, Bismarck distribuyó subvenciones entre los periodistas italianos, quienes desarrollaban la tesis de que la rival natural de Italia era Francia, vecina celosa en todo el litoral del Mediterráneo, y que la aliada era Prusia, llevada por sus intereses á muy distinta esfera de influencia. Sin embargo, los piemonteses, los lombardos y, en general, los italianos del Norte persistían en empujar su país hacia Napoleón.

Uno de los más activos en sostener esta política era el general La Marmora. En 21 de julio de 1868, so pretexto de defender los actos de su mando, leyó en el parlamento de Florencia el famoso *despacho Usedom*, doblemente ofensivo para Austria y para Italia (5). En la apariencia, el debate era puramente militar. En realidad, la revelación era una osada maniobra para separar para siempre Italia de Prusia. En Berlín, el incidente provocó mucha irritación y un poco de inquietud. La inquietud carecía de fundamento. La cuestión romana subsistía, y esto bastaba para tener en suspenso la alianza franco-italiana.

Inglaterra se desentendía cada vez más de los asuntos continentales. Afanosa de extender su imperio por todos los ámbitos del globo, se inclinaba á considerar como simple cuestión de medianería las contiendas del mundo europeo. A pesar de esto, sólo un político de cortos alcances hubiera hecho caso omiso de la Gran Bretaña. Con su prensa, con sus debates parlamentarios, con las conferencias de sus hombres de Estado, los más viajantes de la tierra, contribuía, más que todas las demás potencias, á crear y difundir una especie de opinión internacional; y, si bien no acompañaba á su apoyo ninguna fuerza material, hubiera sido imprudente arrostrar el aislamiento moral que nacería de su hostilidad. Bismarck, por esta parte, había tomado las medidas necesarias, y, más que éste, las había tomado el rey Guillermo, ansioso de ser aprobado por Europa. Las disposiciones recíprocas parecían prenda de inteligencia. Lord Loftus, embajador de la reina en Berlín, después de los sucesos de 1866, hizo sobre los vencedores de Sadowa los pronósticos más favorables. Hacía observar que Inglaterra y Prusia estaban unidas por la comunidad de religión, por una amistad tradicional, por las mismas aficiones á la actividad y al trabajo, por las mismas aspiraciones al progreso. Añadía que la nueva confederación alemana, poderosa merced á sus fuerzas territoriales, tendría necesidad de una alianza marítima. Y ¿quién había de ser

(4) Benedetti, *Ma mission en Prusse*, pág. 261.

(5) Sesión de 21 de julio de 1868 (*Parlamento italiano*, 1868, pág. 4.384).